

UN CUARTO DE SIGLO

Las inundaciones del mes de Junio de 1933

El viernes 17 de junio de 1933 se desató un violento temporal de lluvias que produjo enormes daños en toda Guipúzcoa, y, de modo singular, en Rentería. Un día de terror y de duelo y un peligro que atemorizó al vecindario. Menos mal que la reacción se produjo maravillosamente dando lugar a escenas de gran solidaridad, que evitaron daños mayores.

Las inundaciones en la capital y provincia

A los veinticinco años fecha de aquella efemérides queremos recordar aquellas horas de angustia que los mayores de 40 años recuerdan perfectamente.

En San Sebastián —y luego veremos que igual en Rentería— el temporal de lluvias que venía azotando alcanzó su apogeo a las doce del mediodía. En la información que como reporteros realizamos personalmente recogíamos, en primer lugar, unas manifestaciones del Director del Observatorio de Igueldo, señor Doportó, quien nos informó de cómo desde las siete de la mañana del jueves, al mediodía del viernes, los pluviómetros recogieron 97'3 litros de agua por metro cuadrado. En las solas seis horas desde el mediodía a las seis de la tarde, cayeron 54 litros de agua por metro cuadrado.

Una cantidad tan enorme de lluvia hacía más de 55 años que no se registraba.

Mientras esto ocurría en Guipúzcoa, llegaban informaciones de Madrid refiriendo que el tiempo era caluroso y espléndido. Igualmente ocurría en Burdeos.

En San Sebastián, la violencia y la abundancia de la lluvia eran aterradoras. Se pudo comprobar que en la capital de la provincia no hubo una sola casa donde la lluvia no hubiera producido sus efectos de tormenta. Los pisos bajos y las bodegas fueron inundadas. Los bomberos hacían esfuerzos infrahumanos para atajar los daños, pero les era imposible multiplicarse.

La lluvia seguía cada vez más impetuosa, sin que se apuntase el menor indicio de cese. A las dos y media de la tarde, la situación fué desoladora, reinando verdadero terror en el vecindario.

Los tranvías que realizaban el servicio entre San Sebastián y Pasajes y Rentería, tuvieron que suspender el servicio, porque las vías se convirtieron en un cauce de aguas impetuosas que arrastraban muebles y objetos. Los coches del tranvía tuvieron que quedar abandonados, con peligro de ser arrastrados, y poniéndose en seguridad los empleados que sufrieron grave riesgo.

El tranvía urbano de la capital tuvo que interrumpir su circulación en algunas calles por donde el agua discurría violenta. El Ferrocarril de la Frontera también sufrió abundante riesgo, cesando de funcionar en una y otra dirección.

En Gainchurizqueta, a la entrada del túnel se produjo un amplio desprendimiento



Foto inédita hasta ahora, verdaderamente impresionante del impetuoso torrente formada en la calle de Viteri. Al fondo, la Alameda pequeña.



Una vista de la Plaza de los Fueros con el detalle de los troncos arrastrados por la inundación.

de tierras que pudo dar lugar a una catástrofe. Otro desprendimiento de importancia ocurrió en Juanistegui.

La comunicación entre San Sebastián y Bilbao, por el Ferrocarril de la Costa, cesó por completo a primera hora de la tarde. En algunos sitios, los viajeros tuvieron que alojarse como les fué posible en diversos pueblos, pues el Ferrocarril de los Vascongados no funcionaba y las carreteras estaban absolutamente impracticables.

Solamente en el trayecto de la carretera de San Sebastián a Zarauz se produjeron quince desprendimientos de tierras en otros tantos lugares. En la vía del ferrocarril las aguas se llevaron el balasto y arrancaron los carriles, siendo muy grandes los destrozos.

Los trenes que procedentes de Madrid venían hacia San Sebastián en aquel 17 de junio, no pudieron pasar de Tolosa. Los trenes desde la frontera quedaron inmovilizados en la ciudad fronteriza.

Un gran muro se desprendió en Andoain, interceptando muchos metros de vía. Igualmente suspendió su funcionamiento el tranvía de Tolosa.

No hubo servicio de Correos, ni procedente de otras provincias ni procedente del extranjero. Únicamente llegó a San Sebastián el cartero de Lasarte, quien a través de los montes y con evidente riesgo supo cumplir su cometido.

En cuanto al servicio telefónico, solamente había comunicación entre la capital y Tolosa. Por el contrario, en Telégrafos hubo un servicio completamente normal. El trabajo realizado por los telegrafistas fué abrumador, pues de todas partes llegaban llamadas solicitando noticias.

Por lo que se refiere a San Sebastián, en Amara hubo una gran alarma en la Fábrica Municipal de Gas, temiéndose que el agua produjera la explosión del gasómetro. Se adoptaron las medidas de precaución más minuciosas.

Los bajos y bodegas del barrio de Amara se inundaron arrastrando muchos enseres. En la cochera que allí tenía don Ignacio Goenaga, los caballos corrieron un serio peligro de ahogarse. Afortunadamente pudieron ser sacados indemnes.

En el barrio de Gros la inundación alcanzó caracteres pavorosos. El agua venía desde Ategorrieta formando un caudaloso río cuyo cauce eran las calles de Miracruz, Iparraguirre e Iztueta. En esta última calle las aguas alcanzaron hasta dos metros de altura. Se registró un daño importante en la casa número 5 de la calle de Iztueta, donde vivía el Cónsul de Méjico, don Manuel de los Santos. El archivo del consulado, que se hallaba en la planta baja, fué alcanzado por las aguas y se destruyeron muchos documentos.

Frente a la Clínica de San Ignacio se había formado una tremenda corriente. Una gran corriente impetuosa, cada vez más

violenta, ocasionó grandes destrozos en la carretera. El doctor don Benigno Oreja no podía llegar a la clínica, haciéndolo, al fin, tras grandes esfuerzos.

En Ategorrieta, dos «casheras» fueron salvadas milagrosamente cuando ya eran arrastradas por la corriente.

En el Colegio de Miracruz, las niñas que allí recibían educación quedaron bloqueadas. Las familias acudían con coches para recogerlas, pero fué imposible porque la altura del agua no permitía avanzar a los coches. Las religiosas atendieron a las niñas, tranquilizando a los padres.

En el Antiguo, varias casas corrieron un serio peligro. La circulación por las calles no podía hacerse más que utilizando barcas.

La fábrica de chocolates Suchard tuvo enormes daños. Una gran cantidad de mercancías fué arrastrada por el agua; pero más importante fué el daño que la inundación produjo en la maquinaria.

En la factoría Cementos Rezola se produjeron daños de mucha consideración. Los obreros que en las casas de la fábrica tenían sus pequeñas huertas, vieron cómo la tierra de esas huertas era arrastrada por la inundación.

Las aguas en la fábrica de Tabacos alcanzaron una altura de un metro y cuarenta y dos centímetros, ocasionando pérdidas enormes por ser abundantísima la cantidad de tabaco que tenían. Menos mal que el agua que no es de mar no estropea del todo el tabaco, parte del cual, bien manipulado, puede utilizarse.

En Loyola, la riada daba la sensación de un mar proceloso, siendo muy grandes los daños ocasionados en las huertas.

La inundación en Rentería

Hemos recogido una impresión de lo que fué la riada de junio del 33, en San Sebastián, porque ello dará idea de lo que aconteció en Rentería.

Todo lo que hemos relatado de la capital de Guipúzcoa y todo lo que podíamos recordar de Andoain, Lasarte, Pasajes y Zarauz, dan una pálida idea de lo acontecido hace 25 años en la industriosa villa renteriana.

La inundación de Rentería comenzó más temprano. A las dos de la mañana del viernes comenzó una tromba de agua que despertó al vecindario entregado al sueño. Caía un tremendo diluvio. Parecía uno de esos chaparrones tropicales, con la diferencia de que se prolongaba.

Quienes vieron cómo los ríos iban alcanzando su mayor nivel, pretendieron avisar a los vecinos. Pero era ya tarde. El agua saltaba sobre los puentes, avanzaba por las calles y cada minuto que pasaba crecía el peligro y aumentaba la alarma y el terror.

La mayor riada descendió por la calle de la Magdalena para esparcirse por todas partes.

Se supo entonces que el río Oyarzun se había desbordado, aumentando el peligro. Hubo un momento de terror al que se sobrepusieron las autoridades. Pero los vecinos, temerosos y acobardados, se refugiaban en los pisos altos, ya que los bajos habían sido inundados por las aguas.

Fueron unas horas trágicas que no habrán olvidado quienes las vivieron. La lluvia seguía cayendo y las noticias que llegaban a Rentería hablaban del crecimiento del caudal de los ríos.

Hacia las seis de la mañana hubo un momento de respiro. La lluvia había cesado, así como todo el temporal, iniciándose una baja de la corriente fluvial que hacía disminuir el cauce de la inundación.

La presencia de espíritu y el gran ánimo del vecindario hizo que se aprovechara aquella bonanza para iniciar los trabajos de salvamento y limpieza. En los pisos bajos los daños habían sido extraordinarios. Las aguas arrastraban muebles, troncos de madera procedentes de La Papelera Española y animales muertos de los caseríos que habían sufrido los efectos de la inundación.

Ya el ánimo se mostraba más tenso, cuando a las diez de la mañana volvió a encapotarse el cielo, iniciándose una lluvia torrencial. La tromba de agua fué mayor y de más violencia que la caída a las dos de la madrugada. Todas las casas de Rentería, incluso las que antes habían sufrido menores daños, se vieron afectadas por la inundación. No había una sola calle de Ren-

tería que no estuviera inundada y en las cuales azotaba la riada con una extrema violencia.

En muchos sitios de la villa, el nivel de las aguas alcanzó una altura de 5 metros. Donde menos afectó llegó a tener la altura de un metro pasado. El término medio establecido después de la catástrofe señalaba para el agua de la riada una altura que llegaba a los primeros pisos.

La situación fué de verdadera angustia. El vecindario se refugiaba en los pisos altos pero se aterrizaraban viendo cómo eran batidas las plantas bajas. Se pedía socorro por muchos atemorizados; pero nada podía hacerse. Rentería estaba incomunicada totalmente y no se disponía de más medios que los propios. Se habían encontrado algunas lanchas y en ellas, abnegadamente, iban algunos vecinos para recoger a personas que se hallaban en casas que ofrecían peligrosidad.

El pequeño comercio de Rentería sufrió



enormes destrozos; era una catástrofe que no tenía comparación con las registradas hacía más de un siglo. Las tiendas quedaron arrasadas. El agua había arrastrado los mostradores y los armarios. Las mercancías de todas clases que había en los anaqueles había sido arrebatada por el agua.

En la calle se veían los enseres de los comercios y nada era posible hacer para rescatarlos. La amargura de la impotencia había hecho presa en el vecindario.

Todo esto en cuanto se refiere al pequeño comercio y a la industria modesta. Porque en las grandes fábricas de que Rentería se siente orgullosa, los destrozos eran enormes. La Esmaltería Guipuzcoana, que contaba con moderno utillaje, sufrió durante los efectos de la inundación, reventando tres hornos que causaron daños extraordinarios.

En La Papelera Española, los daños fueron tremendos. El agua que represaba durante algún tiempo en el codo que formaba el puente de Panier Fleury se desbordó arrastrando enormes cantidades de troncos de madera y de bobinas de papel ya fabricado. Todo esto, junto con barriles y diversos efectos, eran llevados por la corriente hasta la bahía de Pasajes, que ofrecía un aspecto imponente. Esos troncos de madera se convertían en proyectiles de un gigantesco ariete, que eran las aguas y que golpeaban las casas y derribaban las puertas y los escaparates, aumentando así los daños de la inundación. La primera impresión calculaba en tres millones de pesetas — de las de entonces — los daños sufridos por La Papelera.

Hay que tener en cuenta que la maquinaria sufrió también muchos perjuicios.

La Fabril Lanera sufrió igualmente los efectos de la riada, viéndose invadidas sus naves por el agua, que arrastró material y mercancías. Igualmente sucedió en la Nueva Metalúrgica que registró pérdidas cuantiosas.

Por las calles de Rentería no se podía transitar más que en barcas. El agua solamente respetó unos cuantos metros de terreno en las proximidades del Ayuntamiento; pero llegó a los soportales de la Casa Consistorial, cosa a la que jamás se había llegado.

La catástrofe pudo apreciarse en toda su magnitud, desde los primeros momentos. El comercio quedaba arruinado. Las grandes industrias habían de permanecer inactivas mientras se efectuaban la limpieza y reparación de la maquinaria.

Además, y desde el primer momento, se advirtió la falta de víveres. No habían podido salvarse los que había en las tiendas a causa de la rapidez con que se produjo el daño. Como había una incomunicación completa, el problema se agudizaba. Menos mal que todos se dieron cuenta de la situación y la solidaridad guipuzcoana se mostró diligente y generosa.

Repetimos — y fuimos informadores de la tragedia — que el vecindario de Rentería tuvo un comportamiento ejemplar. A pesar del peligro, hubo muchos voluntarios que utilizando lanchas auxiliaban a sus vecinos.

Se registraron casos de gran peligro, cuyo dramatismo era mayor por la dificultad de prestarles socorro. Un joven que poco antes de las diez de la mañana había salido en busca de pan, fué sorprendido por la tromba de agua, que le dificultaba el regreso a su domicilio. Intentó buscar refugio en algún lado, pero la violencia de las

aguas le arrastraron. Tuvo la suerte de agarrarse a un farol el que se sujetó angustiosamente. Las aguas le arrastraban ya nuevamente, cuando se tiró heroicamente, en su ayuda, el vecino de Rentería, don José Echeveste. Ambos corrieron un serio peligro, pero gracias a Dios pudieron salvarse por medio de un cable que les lanzaron desde el balcón de una de las casas.

A las doce de la mañana seguía la tromba de agua, produciendo un dramático momento. Las campanas comenzaron a tocar



Primeros trabajos de limpieza en la calle de Vicente Elcegui



Estado en que quedó un camión arrollado por las aguas en la calle de Viteri.



Restos de un automóvil y un tranvía sorprendidos por la inundación de la Alameda.



Así quedó el depósito de troncos de madera de la Papelera Española, donde derribado el muro de separación de la carretera, las aguas arrastraron miles de toneladas de troncos, allí apilados.

a rebato, pidiendo socorro. Procedía del Asilo que se veía en peligro de derrumbamiento.

Todos quisieron prestar la ayuda que se demandaba, pero se tardaron cuatro horas en poder llegar al Asilo utilizando lanchas. Los asilados y las monjas, que ya creían imposible su salvación, rezaban fervorosamente.

En las mismas lanchas fueron llevados los asilados y las religiosas a los locales de la Adoración Nocturna, donde se les atendió cariñosamente.

Igualmente se sacaron de muchas casas que estaban en peligro, a sus moradores.

Todas las chabolas y casetas que había en las inmediaciones y a lo largo del río Oyarzun fueron arrastradas por las aguas que se llevaron los pobres enseres de sus habitantes.

En el camino de Irún estaba la ermita de Santa Clara, donde vivía Lorenzo Martínez. Las aguas la vadearon y batieron, dejando deshechos la ermita y el domicilio de Lorenzo. Este corrió un serio peligro, pasando un gran apuro. Durante más de una hora permaneció aferrado a un poste, hasta que pudo ser salvado.

La inundación produjo graves daños en la serrería y almacén de madera de la Viuda e Hijos de José León Uranga, arrastrando cuantiosas cantidades de madera y ocasionando muchos perjuicios en la maquinaria. En el domicilio particular, frente a los talleres, el agua alcanzó más de dos metros de altura.

Una desgracia irreparable figura en el activo de esta catástrofe renteriana. Un joven de 22 años de edad, llamado León Pérez, fué arrastrado por la corriente. A la vista de muchas personas, impotentes para auxiliarle, fué llevado por las aguas arremolinadas de la inundación y desapareció tragado por una alcantarilla.

Se señaló la desaparición de otro vecino de Rentería, sin que, en aquellos momentos, pudiera precisarse cómo se produjo la desgracia.

Los árboles y trozos de madera, violentamente arrastrados por la corriente, penetraron en los pabellones del señor Sáenz de Parayuelo, cuyo yate «Kabi Txiki» rompió las amarras y fué a encallar en el fango de Pasajes de San Juan.

Represada el agua en el puente de Panier Fleury, alcanzó una gran altura, rompiendo hasta el quosco de la música, y atropelló a un automóvil que allí había, estrellándolo contra los árboles.

Al atardecer, había cedido la violencia del temporal; pero la noche fué verdaderamente terrorífica por el miedo a que se reprodujera la lluvia y, sobre todo, al hecho de que durante toda la noche hubiera quedado la villa sumergida en la oscuridad, pues había quedado desmantelada la Central de Ereñozu que era la que se encargaba de suministrar fluido eléctrico a Rentería.

Las autoridades de San Sebastián se dieron cuenta de la tremenda situación de Rentería. Como en las tiendas no habían quedado artículos comestibles, y las panaderías habían sufrido la inundación de los hornos, se dispuso el envío de los artículos de primera necesidad más indispensables de momento.

Como las aguas habían roto las puertas de las casas y éstas se hallaban por consi-

(Sigue al final del artículo siguiente)

Una de las condiciones a que se comprometieron los Capuchinos en 1612 al fundar el convento fué la de mantener en él religiosos de habla vascongada para la predicación y confesión. Esto de los confesores —según parece desprenderse del Acta— iba en contra de los institutos de la Orden, pero se logró un privilegio especial del Sumo Pontífice para el caso de nuestro convento. Después del acuerdo de Calatayud y la negativa del Ministro General, todo aquello se venía abajo al desaparecer del convento los navarros vascos-parlantes. (Nos preguntamos: ¿es que no habría en el convento frailes guipuzcoanos? Da la impresión de que no, y de que los únicos *euskaldunes* eran los navarros.)

Alegan los ediles renterianos que los pobladores de la Villa, Valle de Oyarzun, Irún, Fuenterrabía, Lezo, Alza y demás vecindad eran «absolutamente vascongados». Tened en cuenta —venían a decir a los Padres— que entre ellos recogéis la limosna, y que en vosotros fían, y a vosotros acuden en demanda de asistencia espiritual. No olvidéis que la Villa os patrocina y cuida de la conservación del convento, pero os exige el cumplimiento de lo pactado a su fundación, es decir, el que mantengáis el número suficiente de frailes vascongados como para asistir convenientemente a esta comarca.

Continúa el razonamiento contundente. Los religiosos navarros, se dice, «simbolizan (coinciden o congenian) con los naturales de esta Provincia en las costumbres y lenguaje, además de ser vecinos perpetuos con quienes tenemos comercio, correspondencia y comunicación continua...».

Cada vez más categóricos, aunque siempre dentro del respeto y cortesía debidos, terminan pidiendo al Reverendísimo Padre Ministro General «se sirva de disponer que este convento de Rentería se agregue a los cinco conventos

de Navarra...». El documento fué entregado a don Martín de Amasa, Procurador Juntero de la Villa para la Junta General de la Provincia en Guetaria, con el encargo de que fuera allí presentado. De Guetaria se remitió al Ministro General de la Orden y también al Reino de Navarra.

Este interesante y aleccionador escrito fué publicado en 1929 por Serapio de Múgica bajo el título de «Documento curioso», sin hacer comentario (1). No es ésta, sin embargo, la única ocasión en la que nuestras autoridades se preocuparon del «pasto espiritual» de los vascongados. Bástenos citar lo que Gorosábel dice (2) de la concordia que la Provincia tenía concertada con el monasterio de Monserrat «mediante la cual se establecieron en ella dos sillas especiales de coro para que los peregrinos de aquélla tuviesen nacionales con quienes pudiesen desahogar sus conciencias en su propio idioma. Por compensación de estas gracias se estableció por vía de ordenanza la limosna de la hospitalidad, que estuvo en uso en esta provincia desde tiempo inmemorial...».

Basado en la seguridad de la existencia (bien probada por documentos) de religiosos confesores en vascuence dentro del monasterio catalán, Fausto Arocena, después de un estudio acerca de la ruta jacobea en Guipúzcoa (3), cree posible y probable que también los hubiera en la capilla de Santa María de la Corticecla en Galicia, para atender a los peregrinos vascos.

AYALDE

- (1) Revue Internationale des études basques. Tomo XX, n.º 1.
- (2) Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa. Tomo IV.
- (3) Boletín de la R. S. V. de Amigos del País. Año XIII, cuaderno 1.º

Las inundaciones del mes de Junio de 1933 (Conclusión)

guiente, a la intemperie, fueron enviadas fuerzas de la Guardia de Asalto para que prestaran servicio de vigilancia. El envío de esas fuerzas se hizo utilizando lanchas.

El Gobernador civil se puso al habla, por telégrafo, con Madrid, haciendo presente que la desgracia sufrida por la villa de Rentería rebasaba cuanto pudiera ser imaginado.

Largo Caballero, que era Ministro de Trabajo, tenía que haber asistido a la Conferencia del Trabajo que el día 18 se celebraba en París; pero en la imposibilidad de llegar a la frontera, ni por ferrocarril ni por carretera, tuvo que renunciar al viaje.

Reposadas las cosas, y desaparecida la inundación, comenzaron a recibirse los datos e informaciones de lo sucedido. Más de 70 tiendas habían sufrido tan graves perjuicios que sus dueños se consideraban totalmente arruinados.

En las farmacias no había medicamentos, por lo cual se instaló un botiquín de urgencia en la farmacia de la señora Viuda de Cobrerros.

El vecindario, inmediatamente, se entregó con afán a las operaciones de limpieza de la villa, con la preocupación de evitar posibles enfermedades.

Los periódicos publicaban amplias informaciones, y en todos los pueblos de la provincia se produjeron rasgos de fraternidad que tanto honraban a quienes los realizaron. En todas partes se abrían suscripciones en favor de los damnificados.

Los diputados a Cortes por Guipúzcoa, señores Picabea, Usabiaga, De Francisco, Urquijo y Pildáin se trasladaron urgentemente a Madrid para solicitar del Gobierno los auxilios que era indispensable llevar con premura a Rentería.

La inundación puso en peligro muchas vidas y registró casos que pueden calificarse de heroicos.

Hay detalles hondamente dramáticos. Cerca de la serrería de los Sres. Viuda e Hijos de José León Uranga se hallaba una fábrica de manipulación de angulas, propiedad de Francisco Mendizábal. Las aguas alcanzaron allí una altura de cuatro metros y medio y causaron destrozos por valor de 60.000 duros. Destrozaron la mayor parte de las cajas y arrastraron un muro de 80 centímetros de grueso por 35 metros de largo.

En un pabellón inmediato a la fábrica que comunica con ésta por medio de una ventana, vivía la empleada Casimira Zuzarregui, con cinco hijos. Perdió todo su ajuar. Les sorprendió la tormenta de la noche cuando se hallaban descansado; y cuando se dieron cuenta de lo que pasaba, las aguas llegaban a la cama. Cesó la tromba y comenzaron a limpiar su casa. Pero la segunda tromba del mediodía les pilló también dentro sin poder salir. Estaban en un trance seguro de perecer ahogados, cuando uno de los hijos, llamado Facundo, rompió la ventana y se tiró a la fábrica en busca de una lancha. Para ello tuvo que descender al agua con gran peligro de quedar

aprisionado por el barro, que tenía medio metro de espesor.

Una vez en poder de la lancha gritó: —«Madre, espera que voy a salvarte». Y aun con los golpes que recibía de las cajas, llegó a la ventana por donde pudo sacar a la madre y a los hermanos. Para mayor seguridad los llevó a la parte superior del frigorífico, que tenía buena altura; pero éste se derrumbó y todos cayeron al agua. Tuvo esta vez Facundo que recoger a su familia del agua, quedando ya, sin separarse, en la lancha.

Así permanecieron hasta las 6,30 de la tarde, pasando momentos de gran apuro, especialmente en una ocasión en que las aguas rompieron las puertas de entrada y en forma de torrente se precipitaron a la calle arrastrando la lancha. Todo el vecindario daba por ahogada a esta familia.

Hemos recordado, un poco a la ligera, lo que fué la primera de las inundaciones de Rentería, ocurrida hace exactamente 25 años. La solidaridad guipuzcoana dió un alto ejemplo. Pero Rentería no quería suscripciones. A lo que aspiraba era a que se hicieran las obras de defensa contra las inundaciones, que les ahorrasen las horas dramáticas del 17 de junio. Mucho se ha tardado, pero gracias a Dios y a Franco, ya se ha logrado.

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD